

# MAYA o SHOGUN

“La solución a los grandes retos que nuestra civilización tendrá que afrontar durante las próximas décadas se debe buscar, en gran medida, a través de la Ciencia y la Tecnología.”

**POR FELIPE PÉTRIZ**



Pirámide de Chichen-Itza (México)  
y entrada al Templo Kiyomizu  
(Japón).

\*Foto por Grand Velas Riviera Maya  
([www.flickr.com](http://www.flickr.com))

\*<http://cavin2009.com>

La Historia nos enseña que pocas sociedades que van derechas al abismo son capaces de verlo con antelación. En su libro Colapso, el científico estadounidense Jared Diamond nos ilustra con varios ejemplos de esta falta de visión que me gusta recordar como ejemplos de qué evitar. La casta dirigente de los Mayas, por ejemplo, no supo prever que la deforestación y el deterioro del suelo, provocados por una explotación descontrolada de la naturaleza, serían su perdición. Aislados de los primeros efectos del deterioro ecológico, los gobernantes de aquella avanzada civilización no fueron capaces de detenerlo a tiempo para cambiar su destino.

Varios siglos después, Diamond encuentra el ejemplo inverso. Los Shogun, en Japón, tuvieron la perspicacia necesaria para detener una política forestal, asociada a su desarrollo urbanístico, que les habría deparado la misma suerte que a los Mayas. Estos dirigentes del siglo XVII, impusieron regulaciones en la tala, desarrollaron un conocimiento científico de la silvicultura y la gestión forestal e impulsaron una técnica de construcción más ligera, eficiente y que, en definitiva, requería menos madera. Hoy, pese a que Japón es uno de los países más poblados del mundo, tiene el 70% de su territorio cubierto por bosques y es la segunda economía mundial. En los próximos años, en España, en Europa y en todo el mundo, vamos a decidir si queremos ser como los Mayas o como los Shogun. La elección nos parece a todos evidente, pero es posible que haya alguna duda más sobre cómo tomar esa dirección.

**“No se trata de desdeñar sin más los miedos de la población sino de lograr que los ciudadanos cuenten con la información suficiente para poder formarse un juicio sobre los asuntos científicos.”**

Si comparamos nuestra situación con la de los pueblos a los que me acabo de referir, creo que tenemos alguna ventaja y algún reto que ellos no tenían que afrontar. Hoy, por suerte, la decisión sobre el uso de los recursos no es exclusiva de una casta dirigente. La ceguera o el egoísmo de unos pocos es así más fácil de evitar que en el caso de los Mayas. Sin embargo, unos tecnócratas con ideas brillantes tampoco podrían obtener el resultado de los Shogun sin contar con la aquiescencia de la ciudadanía.

Creo que la solución a los grandes retos que nuestra civilización tendrá que afrontar durante las próximas décadas, como el problema energético, el cambio climático o el envejecimiento de la población, se debe buscar, en gran medida, a través de la Ciencia y la Tecnología y espero que esta opinión la compartan cada vez más personas. Pese a que en nuestro país la Ciencia puede tener una percepción general positiva, cuando se desciende al detalle puede aparecer el conflicto: las antenas de telecomunicaciones, la energía nuclear o el uso de células madre embrionaria podrían ser tres ejemplos de desarrollos científicos o tecnológicos que generan controversia. No se trata de desdeñar sin más los miedos de la población sino de lograr que los ciudadanos cuenten con la información suficiente para poder formarse un juicio sobre los asuntos científicos. Con ella podrán determinar qué es realmente beneficioso o perjudicial para ellos y para la comunidad y actuar en consecuencia. Por eso es tan importante la labor de divulgación de medios como esta revista, de los museos de ciencias y de todos los que dedican su esfuerzo a difundir la cultura científica entre los ciudadanos.

En el tiempo que he trabajado en el Ministerio de Ciencia e Innovación, en la elaboración de la Ley de la Ciencia, la Tecnología y la Innovación siempre hemos tenido presente que construir la nueva socie-

dad del conocimiento que todos deseamos no va a ser labor exclusiva de una élite sino un trabajo de toda la comunidad en el que debe contar la opinión de todos. Y para que esa opinión sea significativa no puede basarse en afinidades sentimentales; al menos, no más de lo imprescindible.

En la norma se recoge de manera explícita que “las Administraciones Públicas fomentarán las actividades conducentes a la mejora de la cultura científica y tecnológica de la sociedad a través de la educación, la formación y la divulgación”. Además, queremos fomentar la labor divulgadora por parte de los científicos, una tarea que ahora no tiene el reconocimiento que merece. Es importante que quienes de verdad conocen el significado de la Ciencia puedan transmitírselo a una sociedad que, aunque aún de manera minoritaria, demanda cada vez más este tipo de información.

Quiero recordar sobre este punto que la última encuesta de la FECYT muestra que entre 2008 y 2010 el interés por la Ciencia ha pasado del 9,6 al 13,1 por ciento, lo que representa un incremento del 36 por ciento. La cifra refleja una tendencia esperanzadora, pero aún debe mejorar.

En el pasado, cuando los Shogun salvaron los bosques japoneses o Rodolfo II llevó a la corte de Praga a Brahe y Kepler, las decisiones que permitieron transformar el mundo apostando por el conocimiento se produjeron gracias a los dirigentes ilustrados que en ese momento se encontraban en el poder.

Para lograr el cambio que nosotros deseamos es quizá mejor recordar la experiencia de Mary Lasker, la activista estadounidense que logró multiplicar la inversión del gobierno de Estados Unidos en investigación biomédica para combatir el cáncer. Su capacidad para transmitir a la sociedad de aquel país la importancia de la investigación como arma contra uno de los principales males de aquella sociedad (y de la nuestra) es un ejemplo que nos puede servir como inspiración.

Felipe Pétriz

Secretario de Estado de Investigación  
Ministerio de Ciencia e Innovación

